

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

EL SALTO INMORTAL

Una vez, cuando a Alberto Oggs le preguntaron para un programa de televisión acerca de a dónde se llega después de haber llegado tan alto, éste respondió “Entonces, quizás sea momento de caer”.

Irónicamente, años después, cuando su carrera había sido una sucesión de triunfos, Alberto cayó al vacío, dando el salto a la inmortalidad.

Fue la misma noticia de su muerte al caer de un edificio, la que lo llevó al clímax total de su carrera, para convertirse eternamente en el ídolo adorado de la televisión, el cine y el teatro local.

La madrugada del 19 de Febrero del 2000, Alberto se encontraba desayunando champán en su departamento de vacaciones, exactamente en el piso 13, cuando se levantó del sillón en que descansaba su trasero, y se puso a mirar a través del gran ventanal hacia la hermosa vista que ofrecía hacia el Lago de Tammerlane.

Minutos después, su ex-esposa, Carmen Licrenn, entraba al lugar y se encontraba con el hombre colgando del balcón, aferrado con uñas y dedos a la baranda.

Segundos después, el portero del edificio, Sailon Wayons, estaba pisando una cucaracha en el umbral del edificio, cuando vio impactar de cabeza contra el asfalto al famoso y querido actor.

Al instante, la escena fue disparada a los medios de comunicación...

- Cómo es posible que Alberto se haya suicidado? – preguntó el famoso periodista televisivo de chimentos del espectáculo, Clemente Sánchez a su entrevistado, el periodista gráfico, Yoel Solinme.

Mientras tanto, en todos los hogares de Tammerlane, la gente se había hecho un espacio frente a la televisión. Incluso una madre dejó ahogar a su hijo de cinco meses en la bañera por ir a ver al comedor el momento en que se daban nuevos detalles de la muerte del actor.

- La droga. Lo mató la droga.

- No puedo creer lo que me estás diciendo. – dijo Clemente, con un placer escondido debajo de la máscara del susto.

- Mucha gente dirá que estoy loco. Pero tengo un testigo que lo afirma, y no es otro que el portero del edificio.

- Pero, el portero murió hace unos días, después de estar internado por el infarto que le causó el susto de la caída.

Yoel imitó a un hombre serio, y agregó...

- El portero habló conmigo. Era el abuelo del novio de mi hija.

Mientras tanto, en el cordón de la vereda del canal de televisión, la ex-esposa de Alberto estacionaba su flamante modelo Tammerlino Coupè.

Antes de bajar, se extendió en el asiento, y se aferró al volante con ambas manos. Suspiró.

Estaba cansada de todo aquello. No hacían otra cosa más que hablar mal del Hombre de su vida. Y se entregaba a cada programa de televisión, radio, y revista, defendiéndolo, casi siempre a cambio de algún dinero que le permita sobrevivir.

Muchos suponían que la muerte del capo de los medios, había sido por una discusión con ella. Otros hablaban de un suicidio. Otros tenían la teoría que se mareó por la altura. Incluso en un medio se llegó a decir que habían entrado ladrones, Alberto se asustó, se refugió del otro lado del balcón, los ladrones se asustaron al ver que era famoso, escaparon del lugar sin ayudarlo, y Alberto cayó.

Esa tarde, en el programa "Famosos De Tammerlane", se debatía acerca de drogas.

Carmen miró a su alrededor, y esperó que la calle se haga desierta.

Pisó la primera baldosa, se colgó la cartera, se puso lentes oscuros antes esos ojos perdidos, y con el sonido de sus tacos, llegó a la entrada de la emisora. Enseguida, una cámara, un camarógrafo, un asistente de cámara, y una productora, la atacaron.

Los 300 pesos que descansaban en la cartera, ordenaron que Carmen camine erguida hacia el Estudio E.

- Me disculpás un minutito?... – le preguntó el conductor del programa a Yoel, mientras se llevaba la mano al audífono de la oreja izquierda - ... pero tenemos en vivo y en directo, las imágenes de la entrada de Carmen, la última esposa de Alberto Oggs.

El gigantesco monitor del estudio a espaldas de Clemente, escupió la señal con la caminata de la mujer.

- A ver, señor director: tenemos sonido?... Hay sonido? Sonido?!

- No hay sonido. – respondió una voz desde el altoparlante.

- Bien, bien. – dijo a la vez que se ponía de pie y se encaminaba a la cámara que lo tomaba. – Nos vamos a la tanda con la inminente llegada de Carmen, repito, Carmen Licrenn, la última esposa de Alberto Oggs! Todas las respuestas de la droga, en minutos nomás. No me falle! Quédese en Tammerlane 9. "Famosos de Tammerlane", en vivo!!

La señal regresó a Carmen, y de inmediato la publicidad.

Clemente giró sobre sí mismo, y se detuvo apuntando hacia arriba, exactamente a la cabina del director del programa.

- Cómo es que no hay sonido? Quería preguntarle cómo se sentía!!

- Era mejor el silencio, la música. No viste lo que es ése pasillo?! Era para el suspenso! Para la gente, esa mujer "sabe todo"!

- Yo soy el periodista, yo soy el conductor, yo soy el creador del programa, y yo soy el productor!!... Vos no sos nadie, salvo un director que

simplemente tiene que apretar botones y hacer planos!! – dijo a los gritos. - No quiero bohemia barata de cineastas fuma-porro! – y miró a su alrededor, a todos los presentes – Y otra cosa, a todos los productores, asistentes y pasantías: esa cámara llegó tarde! Me la muestran a mitad del pasillo, cuando tendrían que haberla tomado desde que llegaba en el auto.

- Nosotros veníamos de hacer la grabación de la tumba de Alberto... – se excusó una joven del equipo.

- Despedida!!! – gritó con furia, y se transformó en un tomate. – No quiero excusas de mierda! Y de paso, que despidan al grupo que viene acompañando con Carmen.

Carmen entró al estudio.

Clemente bajó unos cuantos decibeles, y respiró profundamente. Se acomodó el saco, recuperó el aliento y llegó hasta la mujer.

- Bienvenida! – dijo con total seriedad. – Es un honor volver a verte después de tanto tiempo... incluso después de la pelea en la época que te separaste Alberto.

- No me lo recuerdes... - dijo Carmen, imparcial. – Todavía no te perdono como me trataste.

- Perdón, pero lo voy a seguir sosteniendo: con Oggs estabas por la plata. No queda duda. Sino, devolvé el cheque que te dio el Canal.

Carmen y Clemente se habían conocido seis años atrás.

Fue una noche, durante una cena en el famoso restaurante “Ave Tammerlane”, camino a la boca del Lago del Pueblo.

Esa noche, Alberto y otros famosos festejaban el estreno de la nueva comedia cinematográfica del actor, y cómo no podía ser de otra forma, el punto de encuentro era aquel prestigioso lugar.

- Hey, decile a tu jefe que me anote otro! – le dijo Alberto al mozo, alzando un envase de vino. Se refería a su amigo personal y dueño del local, Lucho Samprano.

Alberto se volvió a los que lo acompañaban, entre ellos su reciente nueva esposa.

- Te amo. No sé si lo sabías? – le dijo, y la besó en la mejilla.

Ambos sonrieron y se besaron en los labios.

- Vas a tener que tener cuidado con esa mujer. – le dijo Clemente, mientras mascaba un trozo de carne asada. – Es muy linda y va a ser tu fin.

Y de alguna forma lo fue. Porque cuando Alberto se enteró que ella había tenido ocasionales encuentros con el famoso periodista durante el matrimonio, su primera reacción fue querer suicidarse disparándose en la cabeza.

- Me encantó la parte de la película en que tu personaje dirige la orquesta de computadoras, cada una haciendo el sonido de un instrumento! – interrumpió el productor Simón Silver. – Esa escena, y la que te persigue la policía, se compran la película! Excelente actuación! – y comenzó a reír a carcajadas.

- Estás muy excitado! Me parece que alguien le puso droga a tu droga! Silver explotó nuevamente en carcajadas.

Minutos después, productor y actor, estaban en el baño, aspirando cocaína.

Alberto tenía 54 años y ya era toda una leyenda. Había empezado en la televisión como un simple asistente, para volverse el gracioso del equipo. El joven productor Simón descubrió que se había topado con una promesa, y enseguida lo puso a hacer un sketch cómico en el programa "Capos de Tammerlane". Una vez que el boom estalló a partir de su carisma y gracia, el éxito fue imparable: la joven promesa pronto se convirtió en un genio indiscutido de la pantalla, del teatro y del cine.

- No creés que es demasiado? – le preguntó Oggs a Silver, mientras éste aspiraba la línea en el borde del lavatorio.

- Hubo noches que tomamos el triple

- No me refiero a esto. Digo que creo que ya es hora de frenar, de descansar. Quisiera dejar un poco de cine, de televisión, de teatro... Hacer menos cosas, quizás ayudarte a encontrar nuevos talentos. Terminar de una vez con la droga. Estoy camino a los 60 y no me acuerdo un solo día treinta años para atrás donde no me haya drogado o emborrachado... Tengo miedo...

- Pero qué cosas estás diciendo?!... "Miedo" de qué?!

- ... miedo de haber sido un genio por toda esta mierda de vida.

- Escuchame una cosa: cuando empezaste en la tele, lo hacías?

- No.

- Ahí tenés! Siempre fuiste un genio! Estás más allá de los vicios!

- El tema es que no sé si puedo más. Aparte, hay algo... – y miró a la puerta, como si con su mirada la atravesara hasta encontrarse con la figura de su amada. - ... sé que la amo, y la quiero respetar y cuidar. No quiero destruir este matrimonio como los anteriores...

Alberto se había casado otras dos veces, y de sus dos esposas se separó por el mismo problema: no pudo controlar sus vicios y fidelidad. Tanto Anita como Crizzy, la famosa vedette, dieron un gran portazo (discusión mediante) y se cargaron con la mitad de los bienes del actor.

- Ya lo sabía! Todo el mundo lo dice! Esa chica te está volviendo loco. Sabía a donde querías llegar. Pero prestá atención a esto: hace dos meses, el futbolista Eugenio Sabalella asesinó de tres disparos en la cara a su tercera mujer, exactamente tan joven como la tuya, supuestamente el amor definitivo de su vida, todo en medio de una crisis nerviosa por el fin de su carrera.

- Qué tiene que ver? Se vio encerrado, no tuvo más que hacer! Aparte, él no lo decidía: los años lo dejaron en la calle. En mi caso, yo decido retirarme. Sabalella mató a su mujer después de pasarse todo el día en casa sin saber qué hacer, y cansándose de la simple vida de matrimonio.

- Algunos recuerdos y glorias del pasado hicieron que termine en semejante locura. Vos querés terminar en una igual? – insistió Simón.

- Suicidio. Es lo que yo pienso! – dijo Clemente, en el medio de la discusión que había creado entre Yoel y Carmen. – A Alberto se lo veía muy cansado, muy mal en sus papeles. No era el mismo de antes...

- Creo que estamos entrando en una era nefasta de famosos y muerte. – intervino el invitado. - Sin ir más lejos, recordemos lo que le pasó a Wallace Alameda.

Se refería al genial actor de la vieja serie "Niños Ventrílocuos de Tammerlane". Cuando el muchacho se encontró con 30 años y sin porvenir, salvo el pasado de haber sido el niño mimado de los medios, entró en un supermercado, sacó una ametralladora, y comenzó a disparar a todos los

presentes, mientras se desnudaba. Finalmente fue acribillado por la policía cuando ingresaba a un local de juguetes.

- Entiendo. Entiendo. Yo pienso lo mismo. Estamos en una era de famosos que toman medidas drásticas cuando les llega el ocaso.

Del mismo estilo de desquiciados, asomaban otros dos compañeros de trabajo de Alberto: los actores William Pincel, el cual se había hecho parte de una secta satanista guerrillera; mientras que el otro, Jack Delford, se había abierto una pizzería y volado la cabeza justamente cuando ingresó el primer cliente. Un poco más atrás, el imitador Héctor Juriz, quien se murió de sobredosis endovenosa de lavandina

- Finalmente este muchacho, de las telenovelas... Cómo se llamaba? Jeremías Couvet! Que si bien tuvo poco historial en la televisión, jamás va a ser olvidado por ese accidente de auto donde había estado manejando borracho de días.

- Ese mismo! Couvet! No me salía el nombre!! Con ése fue con el que estuviste, hija de puta!! – gritó Alberto, aquella noche en que se había quedado despierto esperando a su mujer.

En la mesa ratona del departamento de verano, descansaban dos botellas de vino y unas líneas de cocaína.

- Con Couvet?!... Pero...! Es un amigo y nada más! Aparte, te conté que vengo de ver a Sarita.

- Entonces voy a llamar a Sarita para preguntarle a donde fueron. Después quiero escuchar de vos la misma respuesta!!

Carmen no pudo más. Hasta dónde podía llegar con aquella mentira? Igualmente, de una forma y otra, su marido se enteraría... y de seguro sería por los medios.

- Cómo lo sabés? – dijo ella, apoyando la cartera arriba de la mesa y tomando asiento en el sillón.

Alberto se tranquilizó y se sentó a su lado.

- Puse un detective.

- Va a venderle la exclusiva a algún Canal! – se alertó.

- No es de esos: es de confianza. Ahora: por qué? Por qué con ese maldito marrano con cara de nada? Qué tiene él que no tenga yo?... La edad?!

- No se trata de eso, amor...

- No me digas "amor".

- Se trata que el quiere vivir, seguir adelante, luchando. No se la pasa borracho ni drogado...

- Sabés qué? Estoy dejando la carrera por vos. Quiero estar a tu lado, disfrutarte, dejar todo lo malo, ejercitar, comer sano... Basta de giras por restaurantes, boliches y teatros!! Quiero sentarme con vos a ver todas las películas que hice, todos los programas... Podés creer que no vi nada de lo mío desde que empecé?

- A Jeremías le pasa lo mismo.

- Me importa una mierda Jeremías!!! Como ese otro estúpido, el que decía ser mi amigo, Clemente! Ya no lo tolero más, Carmen. Esto tiene que acabarse.

- Yo también quiero que se acabe.

Alberto se puso de pie, con la botella en la mano. Bebió un trago, y en ese trago se le murió el alma.

Cuando terminó, miró a su esposa con los ojos bien rojos, al borde de las lágrimas.

- Vos no estás en posición de decidir nada. El que decide si se acaba soy yo... Porque yo soy el maldito cornudo y el que va a tener que poner la plata cuando pises la calle!!

Y le cruzó la cara de una bofetada.

Carmen se paralizó, y enseguida se convirtió en la peor basura del Pueblo. Reconocía el esfuerzo de su marido, pero no podía tolerar sus agresiones, sus miedos, su desenfreno. Si bien Alberto le había fiel, no pudo controlarse en otros aspectos quizás más importantes.

Ella estaba cansada de esas amistades que se acercaban a su marido para ganar prestigio, estaba cansada de esos "nadies" que se acercaban para vivirlo. Y estaba cansada del abandono de su hombre, como esa estúpida lucha interna por dejar o no la carrera, que repercutía en su relación de pareja.

- Es el día de hoy que no sé actuar como la gente porque no cuento con el apoyo que esperaba contar, y no cuento con la tranquilidad que mi mujer me sea fiel. – dijo el actor y se retiró al cuarto.

Esa noche, encerrado bajo llave, bebió lo que quedaba en la botella de vino y se armó un cigarrillo de marihuana.

Se recostó a mirar al techo y pensar en su historia.

Lo tenía todo, lo tuvo todo: mujeres, fama, dinero. Tenía muchas propiedades, los mejores autos y la mejor comida. Su humor, una mezcla de sarcasmo, picardía y absurdo, lo habían convertido en un icono.

Pero, hasta dónde?

Aquella noche, en la cama, mirando al techo, se descubrió algo viejo, cansado y con un pasado perfecto. Si no se calmaba, no viviría por mucho tiempo. Por otra parte, los tiempos estaban cambiando: existía una nueva ola de humor en la tv, el cine y el teatro, y eso le daba temor de convertirse residual. Finalmente, había planeado dejar su carrera en su momento de triunfo definitivo y de trayectoria impecable, para desaparecer y convertirse en leyenda, en mito.

Pero, no quería ser mito. Aún estaba vivo. Todavía tenía días, meses, años... "Mito para cuando me muera", pensaba.

Un año atrás, un periodista le había preguntado hasta dónde se llegaba después de subir tan alto.

Esa noche, mirando al techo, Alberto tuvo la revelación: antes que caer, debía convertirse en mito. Y un pequeño gran salto lo podría llevar a la inmortalidad.

Clemente aplaudió a las cámaras, mientras la música de festejo resonaba en el estudio.

- Muy bien, querido público! Estamos de regreso, exactamente en el tercer bloque de este programa que es el favorito del Pueblo, "Famosos de Tammerlane", en vivo! – caminó hasta las sillas ocupadas por Yoel y Carmen, y continuó – Seguimos con la ex-mujer de Alberto Oggs, y el famoso periodista del diario "Crónica de Tammerlane". Es un programa difícil, duro. No estaba planeado tomar tanto tiempo con el caso, pero existen nuevas evidencias que aseguran que Oggs tenía un paquete de heroína en la mano cuando cayó. Hasta el momento vimos idas, vueltas, discusiones, pero nada en concreto. – y miró a Carmen – Nos podés decir algo más?

- Nada! No tengo nada que decir! Solamente que son mentiras. Alberto no tenía ningún paquete. Ni tampoco se suicidó. Fue un accidente como le puede pasar a cualquiera.

- Algunos te involucran a vos. Se dice que tuviste una fuerte discusión con él, y se tiró. Según lo que me comentaba Yoel, se te tenía prohibida la entrada al edificio.

- Es mentira!

- Sí que es verdad! Repito: me lo contó el portero del edificio, que era el abuelo del novio de mi hija.

- Yo no iba al departamento desde la separación. Alberto tenía derecho a rehacer su vida, así que no pisaba ninguna de sus propiedades como para que viva en paz.

- Convengamos que la mitad de las propiedades te las quedaste después del divorcio.

Carmen miró a Clemente con ira.

- Convengamos que no se iba a volver a sacar el tema. Lo amé y nos separamos por otras cosas que no vienen al caso.

Los ojos de Clemente brillaron. Bien podría haber contado que él tuvo relaciones con ella como para subir aún más el rating, pero prefirió adentrarse en lo de Couvet.

- Couvet?! Eso es una farsa! Van a seguir con eso?! – gritó Carmen, poniéndose de pie.

Mientras, en las casas del Pueblo, la gente festejaba el por fin iniciado “Nuevo Round”. Lamentablemente, se estaban perdiendo en otro Canal la insignificante marcha de las Madres de los desaparecidos en la última dictadura militar. Aunque más de uno se atrevió a cambiar de señal por un instante para ver cómo seguía el Reality Show del Líder del Grupo Gremialista, el cual hacía huelga de hambre en una cárcel pidiendo su liberación, tras haber comandado un equipo de geniales violentos a saquear supermercados, casas y hasta colegios.

- Alberto mismo lo contó en este programa, tiempo atrás!

- Lo que no contó, a cambio del favor que le diste para destrozarme al aire, fue que vos también te acostaste conmigo!

El equipo, el público, los reidores, todos los que estaban en el estudio, se paralizaron ante la novedad.

Una mujer gorda del Centro del Pueblo, vomitó una bola de sangre debido a la emoción del perfecto e improvisado show.

- Qué estás diciendo?! – dijo Clemente, alterado, nervioso, sin saber donde meterse. – Vos y... yo?! Sabías... sabías que esto te va a costar un juicio si no te retractás ya mismo?!

- No me retracto nada! – dijo Carmen, aliviada, al borde de la risa. – Yo estoy acá para decir la verdad: Alberto no tenía drogas en la mano y no se suicidó. Pero sí sabía que nosotros fuimos amantes! Y tengo todas las pruebas que quieras.

Clemente miró a la cámara. Tragó saliva y dijo...

- Querida,... perdoname. Algún día te lo iba a contar. – dijo temeroso, y se puso a llorar como un niño, simplemente porque sabía que su mujer se llevaría Todos sus bienes tras el divorcio.

La cámara cortó la escena. Enseguida, el director dio paso a un nostálgico documental de Alberto, mientras se resolvía qué hacer en el estudio.

Clemente se secó las lágrimas y ubicó a la culpable del desastre. Corrió tras ella, la cual alcanzaba la salida del estudio. La tomó del brazo y furioso...

- Ahora todos van a hablar! Nos convertiste en los Judas de Alberto!

Carmen lo miró con desprecio. Se colocó los lentes y sonrió con ironía.

- Yo estaba condenada desde que me separé. Ahora, hacete cargo de tu "circo".

Dio media vuelta y salió a la calle. Subió a su coche y salió a gran velocidad.

Mientras tanto, Clemente recogía los 300 pesos que ella había tirado al piso durante su salida triunfal.

Carmen entró al cementerio, estacionó el coche y bajó.

Caminó entre las filas de interminables tumbas, y sus tacos resonaron en el eterno silencio del valle de los muertos.

Alcanzó el callejón de bóvedas, y se metió en el panteón de los famosos.

Escaleras abajo, caminó por el angosto pasillo de nichos.

Se detuvo en el de Alberto.

- Hoy pasó algo maravilloso. Pude lavar tu nombre. Pude darle su merecido a esos que dicen basuras con tu apellido. Pude vengarme del hombre con el que provoqué el primero de tus grandes dolores. – y se rompió en un llanto. – Perdoname Alberto, por favor! Te pido que me perdones!!

Se apoyó en el frío mármol y acariciando la placa recordatoria, siguió llorando.

Lo extrañaba. Realmente lo extrañaba. Había sido un gran hombre, y lo había amado mucho. El muy pobre estaba desorientado gracias al peso de la fama, y a esa cruz de mantenerse entero y actualizado ante la gente.

Realmente lo amaba, y nunca pudo decírselo como quiso.

- Por qué? Por qué lo hiciste, quiero saber? – continuó Carmen, entre llantos. – Quisiera saberlo alguna vez...

Aquella madrugada del 19 de Febrero del 2000, Alberto regresaba de una fiesta del Festival de Cine del Lago Tammern. Esa noche se habían recordado viejas glorias de la pantalla grande, que también triunfaron en el teatro y en el cine.

Durante la fiesta, Oggs había bebido demasiado, y había pensando demasiado en el futuro, en la inmortalidad, y en la gloria. La gran parte de la gente que lo había acompañado en su misma carrera, ya se había convertido en eterna, otros habían pasado a la eternidad por sus tragedias, opacando su vida de triunfos. Otros se habían convertido en perdedores y miserables. Otros habían pasado al olvido.

- Vos estás loco? – le dijo Silver, en el baño del salón de la fiesta. – "Olvidado"?... Alberto, estás loco. Por si no lo sabías, para el año que viene habrá un homenaje a tu trayectoria.

- Por fin... Por fin lo aceptan y me despiden. Ahora sí que estoy cansado. Esta última película no me gustó nada.

- No digas eso! Es la mejor. Pero si te querés retirar, retirate. Ya son 60 años, y lo entiendo.

- Y vos? Tenés casi 70 y todavía seguís. No te cansás?

- Resulta que comprendí un detalle: vos sos el que pone el cuerpo, y yo soy el que hace el negocio.

Aquellas palabras resonaron en la cabeza de Alberto durante toda madrugada, la misma en la que se pasó de su sillón del departamento frente al Lago, con el champán en mano.

Había tenido muchas mujeres, mucho dinero, nunca un hijo. Había tenido casi todo lo que cualquier hombre codiciaría. Pero se veía viejo, sin un amor sincero, sin amigos.

- Los tiempos cambian, Alberto. – se dijo. – No estás hecho para el nuevo milenio. Y no hay nada por vivir. Qué me queda, sino?

Pensó en el viejo Silver, su descubridor, aquel maldito gordo adicto.

Cuando vació la botella, miró al techo. Recordó el pasado: los setentas y ochentas habían sido sus dos grandes décadas. Era adulto y tenía toda la fama y el poder. Los noventas habían sido fríos, crueles. Los años cero se convertirían en los de caída.

Se puso de pie y se encaminó al balcón, a observar la vista que el piso 13 ofrecía. Miró a todo Tammerlane con nostalgia.

- Tengo que irme. – se dijo con tristeza.

Para darse más fuerza, pensó en algo triste, algo que lo haya marcado en su vida, y coincidentemente, tuvo que ver con el fin de las cosas...

Recordó una vez, en su adolescencia, cuando aún era desconocido, y estaba de novio con una de las chicas más hermosas de Tammerlane.

Una noche, la pasó a buscar por su casa y la llevó a una plaza a tomar un helado y entregarle unos anillos de compromiso.

- Te los compré porque sé que te amo. Y no quiero que nos separemos. La discusión que tuvimos la otra vez me dejó mal, y estuve pensando en vos por mucho tiempo.

Su novia lo miró con dolor. No sabía cómo decirle lo que había sucedido adentro suyo durante aquellos días en que no se habían visto. Pero tuvo.

Fue así que Alberto se enteró que Norita se había puesto a salir con un muchacho del barrio al que apodaban "Machimbre". Machimbre siempre pasaba por el almacén donde ella trabajaba con su madre, e insistía.

- Cómo puede ser que en tres semanas ya seas la novia de... ése?

- Todavía falta que nos conozcamos más. Pero siento cosas. Es una persona que tiene sentimientos, y no puedo volver atrás.

- Y mis sentimientos?! No cuenta el tiempo que estuvimos juntos? O es que pasaron otras cosas más con él.

- También lo hicimos... - dijo cortante.

Entonces, Alberto perdió el cincuenta por ciento de su alma.

- Cómo... que lo hicieron? – dijo al borde de las lágrimas. – Yo te amo... Por qué? Eras mi mujercita, mi amor, mi cosita linda de la vida...

- Igual, fue con total respeto. El sabía que recién me había separado, y lo hicimos con la ropa puesta.

- No entiendo... - dijo sumergido en la angustia de lo inevitable. - Hubo besos?...

- No sé por qué querés saber tantos detalles... Sí, los hubo,... pocos. Si es que eso te deja conforme.

Alberto suspiró con tristeza, y no pudo decir nada más. Si bien intentó recuperarla, jamás lo logró. Aunque jamás pudo recuperarse de aquel triste final, y de ser olvidado por uno de sus grandes amores.

Quizás creció con ese trauma, con ese miedo a los malos finales, sin saber cómo darle un final importante a su vida, a su carrera que tanto amaba. Quizás creció con ese trauma, y vivió en función de jamás a ser olvidado.

Ese 19 de Febrero, recordó que muchos lo necesitaban por interés, otros por su trayectoria impecable, y que sus mujeres lo habían olvidado.

Suspiró con la tristeza de un joven, la misma con la que había suspirado cuando perdió a Norita, su amor eterno, siempre joven en su memoria.

Mientras pasaba un pie por la baranda, se preguntó que habría sido de ella. Miró al vacío.

Entonces, Alberto oyó que alguien entraba a su departamento. Se trataba de Carmen, y lo venía a saludar. Se habían cruzado en la fiesta, pero ninguno hizo un acercamiento. Aquel día, Carmen venía a pedir perdón.

Y cuando Alberto sintió los tacos de su última gran mujer, no lo pudo entender: justo en el momento en que había tomado la decisión.

Se inclinó para atrás y se dejó caer.

Por acto reflejo o por último intento del cerebro por sobrevivir, sus manos se aferraron a la baranda. Fue cuando Carmen llegó al comedor y lo descubrió.

- Por el amor de Dios! – alcanzó a gritar, y corrió a socorrerlo.

Lo tomó de las muñecas e hizo toda la fuerza posible para que Alberto para subirlo. Pero el hombre estaba quieto, frío, con una sonrisa. De alguna forma ya estaba muerto.

- No me olviden. – balbuceó.

Y se dejó caer.

La caída fue una eternidad, y en esa eternidad tuvo un último pensamiento. Por un instante se arrepintió y hasta se lamentó por no haber pasado sus últimos años de vida entre sus admiradores. Pero al fin y al cabo, no le quedaba más alma con la cual seguir.

Minutos después, todos los medios periodísticos se alimentaron y se llenaron los bolsillos con la novedad. La gente pagó entrada al último acto del Gran Alberto, encendiendo la televisión, comprando un diario o poniendo la radio. Y todos se quedaron ahí, detenidos en el instante de su salto.

Y si bien acordaron que cayó, Alberto siguió elevándose para siempre. Realmente que sí.

FIN